

RESEÑAS

Jefrey Davidow, *El oso y el puercoespín*, México, Grijalbo, 2003, 400 pp.

Davidow retoma una fábula que le sirve como hilo conductor. Estados Unidos es un oso que por su misma fortaleza actúa torpemente y que, en ocasiones, pasa largos periodos de hibernación en que ignora la presencia de su vecino el puercoespín. México es ese animal pequeño y a veces temeroso que, a pesar de su aparente vulnerabilidad, tiene espinas que lo protegen de una posible embestida. Estados Unidos puede pisar al puercoespín pero no lo hace; ¿acaso vale la pena la espinada cuando se puede llevar la fiesta en paz? Según Davidow, esta metáfora retrata el signo de las relaciones entre los dos países: la imposibilidad de ir más allá debido a la mutua ignorancia que no permite a la arrogante sociedad estadounidense entender a sus resentidos vecinos del sur y viceversa.

Este libro del ex embajador de Estados Unidos en México de 1998 a 2002 ha provocado gran revuelo entre los círculos de iniciados en el análisis de las relaciones internacionales en nuestro país, y un buen número de artículos periodísticos en que se retoman chismes y anécdotas de la vida política mexicana. Los rumores que relacionan a prominentes políticos como Ricardo Monreal, Manuel Bartlett o Francisco Labastida con el narcotráfico; la percepción estadounidense de los desatinos del ex canciller Castañeda; los tropiezos de las intervenciones de la DEA en México, o los devaneos por la supuesta precipitación de las negociaciones de un tratado migratorio, resultan interesantes en el libro porque están contados desde la perspectiva del estadounidense que manejó esos asuntos desde el búnker de la misión diplomática más grande del país más poderoso del mundo. Pero, más allá de eso, no hay datos que no se hayan ventilado ya en la prensa. La novedad radica en que es de los pocos libros escritos por un embajador de Estados Unidos aquí. Su lectura evidencia que la relación con los estadounidenses, marcada por la ignorancia, el resentimiento y la arrogancia, no cambiará en el corto plazo.

Las razones del resentimiento

México se ha acostumbrado desde la Revolución de 1910 a estar entre la espada y la pared, debido a que no podía llevar a cabo sus reformas "socialistas" sin que Estados Unidos las identificara con un posible bolcheviquismo e intentara bloquearlas, a la par que los políticos mexicanos no podían realizar sólo reformas proestadounidenses sin que los tildaran de ir en contra del espíritu revolucionario o de traidores "vendepatrias". Por eso el sistema político diseñó principios de política exterior que, con una retórica antiimperialista, permitieran la puesta en práctica de políticas de tipo defensivo ante las amenazas que el mundo exterior implicó para la reinvención del Estado mexicano.

La importancia de la presencia del comunismo fue indirecta pero definitiva. La presión sobre los políticos mexicanos no se centraba tanto en las relaciones de México con la URSS (aunque más de una vez hubo recriminaciones por parte de Estados Unidos debido al temprano reconocimiento al régimen soviético en 1924) o con Cuba, puntas de lanza del comunismo en Latinoamérica y el mundo, como en las medidas de política interna encaminadas a la reconstrucción nacional. Sin embargo, repetidas veces las políticas de los regímenes posrevolucionarios fueron (des)calificadas como bolcheviques por la opinión pública e incluso la diplomacia y los políticos estadounidenses, aunque esto estaba lejos de la realidad, ya que el México posrevolucionario puede considerarse esencialmente anticomunista, aunque con cierto afán socialista y, sobre todo, estatista.

La presencia del poderoso, como siempre, también era fundamental. La independencia relativa que México tuvo para realizar un proceso de reconstrucción posrevolucionaria, que a veces afectaba los intereses estadounidenses, se explica, en parte, por la distracción que la Primera Guerra Mundial suscitó entre las grandes potencias. Si bien es cierto que, como ha dicho Lorenzo Meyer, la Revolución fue un proceso esencialmente de renovación de las élites políticas, también es cierto que el mundo externo pudo constituirse en un obstáculo.

Para enfrentar la encrucijada, tres elementos determinaron la relaciones posteriores con Estados Unidos: la formación de principios defensivos y antiimperialistas de política exterior (cuyo antecedente es la llamada "doctrina Carranza" de no intervención y autodeterminación de los pueblos), la institucionalización de las relaciones y la ambigüedad ideológica del nacionalismo revolucionario mexicano frente al bloque soviético. Aunque a Davidow no le guste, los mexicanos del siglo XX fuimos socializados en ese credo, porque era la única manera de responder a los retos del exterior y de mantener los principios de la Revolución mediante una política

que ayudara a la centralización del poder. Los congresistas del Constituyente de 1917 habían edificado un proyecto nacional que erigía al Estado como el motor de los cambios políticos y económicos. La política exterior, en consecuencia, debía enfocarse en la formulación de grandes estrategias que respondieran a la necesidad de construir el Estado y la nación.

Estado o fragmentación

Ahora que la Revolución ha muerto, el bloque soviético cayó y consecuentemente se eliminaron los conflictos potenciales derivados de estos asuntos con Estado Unidos, ¿seguirá existiendo la necesidad de nacionalismos revolucionarios o antiimperialismos? La respuesta es sí, debido a la necesidad de elementos compensatorios en la reconstrucción del discurso histórico de los débiles. Habrá quien diga que, en lugar de una aminoración de los motivos de conflicto, México quedó desprotegido ante los estadounidenses. Pero, ¿por qué eso impide la existencia de un diseño estratégico en la política internacional de México? Una respuesta tentativa es que Fox sigue estando entre la espada y la pared, debido a que el modelo económico hacia el que México ha sido encaminado en los últimos años, el narcotráfico y el fenómeno migratorio provocan que las relaciones con Estados Unidos se intensifiquen, y que la consecuente cercanía a la arrogancia estadounidense aumente la resistencia de la política interna a dicha intensificación. Otra respuesta tentativa es que, simplemente, no es posible tener una gran visión que encamine la forma en que México ha de llevar sus relaciones con los estadounidenses, porque los gestos que sostenían estas supuestas visiones amplias son insuficientes: una palmada en la espalda de Fidel Castro no hace la diferencia, ni criticar o celebrar la entrada en un mecanismo de cooperación económica internacional, ni las acusaciones de intervencionismo imperialista, ni el aferramiento a nociones abstractas de soberanía ante acercamientos que son necesarios.

A diferencia de Davidow, no creo que el fracaso de la política exterior foxista se deba tanto a la ignorancia y el resentimiento mexicano hacia Estados Unidos, como al carácter estatista que llevan implícitas tanto las relaciones diplomáticas como su traducción a la política interna, y a sentimientos sociales antiestadounidenses. Esto hace que se pierdan de vista los fenómenos pequeños y cotidianos que atraviesan por nuestras fronteras. Ahora muchos de los grandes asuntos de política exterior ya no tienen un ente definible y más o menos homogéneo como, al menos conceptualmente, puede ser el Estado. La migración, el narcotráfico o el flujo de capitales lo han superado, quizá porque el mismo Estado mexicano desprecia los temas